

Además los conejos alejan con su vida inquieta á las liebres, y estas se encuentran muy raras veces en los puntos donde los conejos han logrado fundar su dominio. Donde se creen seguros se vuelven extraordinariamente atrevidos. En el «Prater» de Viena los había antes á millares que corrían sin miedo alguno por todas partes, y aun de día y cuando pastaban, no se movían ni por los gritos ni por las piedras que se les tiraban. En ninguna parte los crían, pero en cambio los matan siempre que pueden, hasta en tiempo de veda. Sin embargo es imposible destruirlos sin ayuda del huron; solo cuando en un lugar han aumentado los vesos, comadrejas, martas, ó bien si hay buhos y otros mochuelos, se nota una disminución de conejos. Las especies de martas los persiguen hasta en sus cuevas, y en tales casos están casi siempre perdidos; los buhos los cogen por la noche cuando duermen.

En Francia se calculó que un conejo que valía un sueldo causaba daño por valor de un luis; algunos propietarios creyeron, por lo tanto, que sus fincas habían perdido la mitad de su valor á causa de los conejos. La carne es blanca y sabrosa y la piel tiene el mismo empleo que la de la liebre.

Nuestro conejo doméstico, que criamos ahora de varios colores, es sin duda un descendiente del silvestre, pues este puede ser amansado en poco tiempo mientras aquel se vuelve durante algunos meses completamente salvaje y procrea despues hijos que llevan el mismo color de los salvajes. Durante nuestra juventud criamos varias veces un número considerable de conejos. Entre ellos teníamos algunos que salían de su establo á reconocer el patio y el jardín. Estos parían siempre hijos de color gris, aunque la madre era blanca y el padre salpicado. Los conejos se tienen en un establo entarimado con gruesas tablas en el cual se practican escondrijos artificiales, ya sean cajones largos con varios agujeros ó cuevas hechas en la pared misma; se les pone mucha paja y musgo seco, se les debe preservar del frío del invierno y alimentarlos con heno, yerba, hojas, coles, etc. Es muy fácil acostumarlos á tomar por sí mismos los alimentos que se les presentan; pero raras veces se vuelven completamente mansos y si se les coge, procuran ordinariamente hacer rasguños y dar mordiscos. Son menos tratables que los silvestres. Los que han crecido juntos viven en muy buena armonía, pero los extraños son maltratados y á veces heridos de muerte por los primitivos dueños del establo. Las cuestiones de amor dan lugar á luchas muy reñidas, y algunos salen de ellas con fuertes heridas. La hembra construye en su cueva un nido de paja y musgo y luego lo forra con el blando pelo de su vientre. Pare de cinco á siete hijos y á veces más.

Lenz contó el número de los que dió á luz una coneja y obtuvo el siguiente resultado: «El 9 de enero parió seis; nueve el 25 de marzo; cinco el 30 de abril; cuatro el 29 de mayo; siete, el 29 de junio; seis, el 1.º de agosto; seis, el 1.º de setiembre; nueve, el 7 de octubre y seis el 8 de diciembre, ó sea cincuenta y ocho hijuelos en doce meses. Aquel mismo año recibí dos conejas pequeñas y dos machos, de padres diferentes, los cuales puse en una conejera, y el día en que aquellas cumplieron cinco meses, se aparearon y dieron á luz en su día, la una seis y la otra cuatro hijuelos. La madre no los amamanta durante el día, ni los ve tampoco á veces en todo este tiempo; limitase á cerrar la entrada que conduce al sitio donde se hallan, y procede como si no existieran, aunque mira de continuo el lugar donde los deja.»

Los conejos domésticos temen mucho á sus enemigos naturales: Lenz puso una vez cinco en una conejera donde había estado un zorro; y apenas percibieron el olor que dejó este, parecía que se volvían locos, corriendo de una parte á otra y dándose de cabeza contra las paredes. Poco á poco, no obstante, se acostumbraron á su vivienda.

El mismo autor refiere también el hecho siguiente: «Un perro-lobo hembra que yo tenía parió en el mes de enero un solo cachorro, y como no podía mamar toda su leche, busqué un conejito y se lo puse, sin que el animal se resistiera. Al tercer día introduje á la perra en el departamento de los conejos con su cachorro y el conejito que amamantaba; permaneció allí dos días sin hacer daño á los demás, y al tercero la llamé mi hermana para que pasease un poco. Entre tanto se llevó á la coneja su hijuelo para dejarle entre los demás. Yo llamé á la perra entonces á fin de ver si buscaba ella también su cachorro, pero ni siquiera pareció apercebirse de su desaparición.»

Varias veces he dado conejitos á la gata que ya conocemos por haber hablado de ella al tratar de otras especies, para que los amamantase, y siempre los ha dejado estar con los gatitos, sin hacerles daño. Cuando están bien nutridos se vuelven envidiosos y malos, y muerden á los que tratan de cogerlos y á los otros animales.

Un cuñado de Lenz tenía un conejo viejo macho juntamente con sus corderos. «Cuando empezamos á alimentarlos con trébol, este forraje gustaba tanto al viejo animal, que hubiera querido tomar para sí toda la porción. Se ponía delante de la comida, empezaba á gruñir y á morder á los carneros, y hasta saltó sobre el cuello de uno y le hizo sentir sus dientes. La gente que acudió en auxilio del carnero se lo quitó del cuello, aunque no sin dificultad, tan empeñado estaba en morderle. Otro mordió las piernas de una cabrita, de tal modo, que la hizo sangre; á la madre le saltó sobre la nuca, mordiéndola las orejas; lo que hizo que mi cuñado lo vendiera.»

Los machos muy viejos muerden á sus hijuelos ó á la hembra, ó excitan á esta para que maltrate á aquellos. Si la coneja no alimenta bastante á sus hijos ó los muerde, no queda otro recurso sino encerrar al macho para salvarles la vida.

ENFERMEDADES.—La diarrea y la sarna son las enfermedades principales del conejo doméstico; ambas son consecuencia de un alimento muy nutritivo y húmedo, y se cura por consiguiente dando al animal un alimento bueno y seco.

USOS Y PRODUCTOS.—En muchas partes crían los conejos para comer su carne. Los campesinos belgas los crían en grande escala, y mandan semanalmente en invierno cerca de 4,000 piezas á Inglaterra. Los pelos se usan en la fabricación de sombreros, y la piel también se emplea, aunque es de poca duración.

VARIEDADES.—Algunos naturalistas afirman que ciertas variedades deben ser artificiales, y según otros, provienen de especies desconocidas; y son el conejo plateado, el de Rusia y el de Angora. El primero es más grande que el conejo ordinario; su color es gris azul con tintes oscuros ó plateados.

El segundo es gris con la cabeza y orejas pardas, y la piel de la garganta muy colgante.

El tercero, ó sea el conejo de Angora, tiene las orejas más cortas y su pelaje, suave y abundante, llega á menudo hasta el suelo y tiene un lustre de seda.

Desgraciadamente es un animal muy delicado, y sin resultados se trató de aclimatarle en Alemania.

El pelo es propio para la fabricación de tejidos finos y tiene por lo tanto gran valor.

LOS LAGOMIS—LAGOMYS

Diferéncianse los lagomis de las liebres por tener las orejas mucho más cortas, las piernas traseras un poco más largas que las delanteras; un muñón invisible en vez de cola y solo 10 molares en vez de 12 en cada mandíbula. Los inci-

sivos superiores son muy anchos y como tienen un surco profundo, acaban en dos puntas; los inferiores son pequeños y algun tanto corvos.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Habitan el Asia en las altas regiones del hemisferio septentrional.

EL LAGOMIS ALPINO—LAGOMYS ALPINUS

CARACTERES.—Este animal, una de las especies más conocidas, recuerda la talla y el aspecto del conejillo de Indias, aunque su cabeza es más larga y delgada y el hocico menos obtuso. El cuerpo es recogido, la cola no se ve exteriormente y solo se indica por un pequeño muñón de grasa; los pelos bastos y cortos; las orejas medianas, ovales y casi desnudas en su cara exterior. El lomo del lagomis es de un amarillo rojo salpicado de negro; los costados y el cuello rojos de orín; el vientre y las patas de un amarillo de ocre claro; la garganta gris, la cara externa de las orejas negra y la interna amarillenta; encuéntrase también individuos uniformemente negros. El adulto mide unos 6",25 de largo.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Pallas fué el primero que nos dió á conocer las costumbres de estos animales; Radde ha publicado sus observaciones y últimamente Przewalki ha completado las noticias de ambos.

Todos los lagomis habitan las altas montañas del Asia central, á una altitud de 1,000 á 4,000 metros sobre el nivel del mar. Aquí habitan los sitios más áridos; frecuentan los terrenos pedregosos, cerca de los torrentes de las montañas, donde se encuentran, ya solitarios, ya en parejas ó en grandes manadas.

El alpino se halla en toda la vertiente norte de las cadenas de montañas del Asia central y en el Kamtschatka.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Según Radde, prefiere los bosques y se aleja de las desnudas estepas, donde está representado por otra especie, llamada ogotono (*lagomys ogotona*) el de cola corta. Este lagomis elige para su vivienda, según las observaciones de Przewalki, exclusivamente las praderas de la estepa, sobre todo en las colinas; pero no es raro tampoco en la montaña de Baical. Se le observa con frecuencia en el norte y sudeste de la Mongolia; no se ve, al contrario, casi por completo, en las partes desiertas del Gobi. Este animal habita en pequeñas madrigueras que él mismo construye en las grietas de las rocas ó en troncos huecos. Estas guaridas forman colonias más ó menos numerosas, de modo que, cuando se ha descubierto una, se encuentran diez, cien y hasta mil en el mismo sitio. Si hace buen tiempo, permanece oculto hasta la puesta del sol, y si el cielo se nubla, se vuelve muy activo. Cuando hace mucho frío, los ogotonos no salen de sus habitaciones subterráneas, si bien quedan despiertos; tan luego como el frío deja de ser riguroso, se sientan delante de la entrada de su guarida, para calentarse al sol, ó corren chillando de una madriguera á otra. Temiendo á sus enemigos, apenas echan fuera la mitad del cuerpo levantando la cabeza para observar si hay algo que denote peligro. Su carácter manifiesta el miedo y la curiosidad á la par. Cuando se acerca un hombre ó un perro le miran con todo descaro hasta que están á diez pasos de distancia; entonces huyen con la rapidez del rayo; luego, sin embargo, la curiosidad vence al miedo; á los pocos momentos asoman de nuevo la cabecita á la entrada de la guarida, miran al rededor y aparecen en su lugar pri-

mitivo, tan luego como se ha alejado el objeto de su terror. Radde llama á este roedor pacífico, activo y trabajador; dice que almacena gran cantidad de heno, lo comprime y lo cubre con muchas hojas para preservarle de la lluvia. El lagomis comienza á mediados de julio á reunir sus provisiones, pero á fines de este mes trabaja más activamente que nunca, y no es muy delicado en la elección de su alimento. Cuando puede escoge las yerbas jugosas, y si se le inquieta, ó le arrebatan con frecuencia sus provisiones, conténtase con las que en otras circunstancias despreciaría. Los montones de heno que forma tienen de 0",12 á 0",18 de altura y de 0",15 á 0",30 de diámetro. Por lo regular están dispuestas las yerbas por capas, y algunas veces ha visto Radde que las de la capa superior formaban rectángulo con la inferior. Cuando el terreno es agrietado, las aberturas sirven de granero á este animal. En una grieta de roca que media 0",15 de ancho por 0",60 de largo, encontró Radde muchas yerbas olorosas reunidas, y perfectamente conservadas; á pocos pasos halló un segundo monton, debajo de una piedra suspendida, que las preservaba de la humedad. El lagomis practica senderos al través de las rocas que van á desembocar á la madriguera; en aquellos alrededores paca el animal las yerbas que encuentra. Cuando por casualidad le molestan en su trabajo, luego que puede lo comienza de nuevo y aun en setiembre se le ve recoger la yerba marchita. En tiempo de nieve construye debajo de esta galerías que ponen en comunicación su madriguera con su monton de provisiones; aquellas son muy sinuosas y tiene cada una un agujero. Todos los lagomis beben poco. En el verano tienen muchas veces á su disposición el agua de la lluvia y en el invierno la nieve, pero en primavera y otoño les falta hasta el rocío y á pesar de eso parece que no sufren por ello.

El grito de este roedor, que se oye aun á media noche, se parece al de la picaza pintada. El ogotono produce silbidos como los ratones, pero más fuertes y que se continúan, formando una especie de gorjeo ruidoso. Una tercera especie, el lagomis enano (*lagomys pusillus*) deja oír, según dicen, un grito igual al de la codorniz; afirma también Radde que la hembra pare á principios del verano seis pequeñuelos sin pelo, de los cuales cuida con solicitud. Desgraciadamente los animalitos tienen muchos enemigos, aunque los cazadores de la Siberia oriental no les persigan; en cambio el lobo, el corsaco y el manul le acosan, lo mismo que varias especies de águilas y halcones y en invierno tienen un enemigo mucho más peligroso, que es el buho de las nieves. «La habilidad, dice Przewalki, con que las aves de rapiña dan caza al lagomis, es verdaderamente asombrosa. Muchas veces ví cómo los gavilanes se precipitan desde el aire sobre uno de estos animalitos con tanta rapidez que no le queda tiempo para refugiarse. Una vez vimos hacer lo mismo á un águila precipitándose desde una altura de 60 metros sobre un lagomis y llevándosele.» Los gavilanes se alimentan casi exclusivamente de ogotonos, de modo que solo por eso pasan el invierno en Gobi. Pero también el hombre perjudica á los inocentes roedores, arrebatándoles las provisiones tan trabajosamente reunidas. En inviernos de mucha nieve los mogoles llevan sus ovejas á las regiones frecuentadas por los ogotonos ó alimentan sus caballos con el heno almacenado por los lagomis. Nos faltan noticias sobre su vida en la cautividad. Nunca he trabajado tanto y tan inútilmente, dice Radde, como para apoderarme de uno de estos pequeños habitantes de las rocas.